



La Magdalena vuelve a Santander

COMO un gran espigón natural, a la entrada de la bahía de Santander, la Península de la Magdalena se adentra y eleva en el mar Cantábrico. Sus 28 hectáreas de superficie verde y poblada de pinos, con el palacio real en la cima, volverán a formar parte del patrimonio de la capital de Cantabria antes de fin de año. El Ayuntamiento abonará a su actual propietario, el conde de Barcelona, la suma de 150 millones de pesetas y el Banco que lleva el nombre de la ciudad respaldará la operación con un crédito al 9,5 por 100 de interés.

Siempre cerrado a los santanderinos, el "real sitio de la Magdalena" es uno de los parajes más bellos de la costa montañesa. Considerado en un tiempo como enclave estratégico, fue regalado por el Ministerio de Marina a la ciudad en 1898 con la única condición de que no fuese privatizado. Sin embargo, diez años después de la Corporación Local lo cedió a don Alfonso de Borbón a título personal. Por una cuestión de principios los concejales republicanos y socialistas se opusieron a que la península se entregase a la Corona, concretamente a Alfonso XIII. El acuerdo no se hizo público hasta que no estuvo consumada la cesión y previamente una comisión había sondeado la opinión de los vecinos.

Por aquella época estaba en el poder Antonio Maura y era alcalde de Santander Luis Martínez, que en el mismo mes de septiembre de 1908 presentaba al monarca ocho proyectos para la construcción de un palacio donde se alojase la familia real en sus visitas. De entre ellos se escogió el de los arquitectos Bringas y Riancho y cuatro años después se entregaban las llaves a sus propietarios. La construcción fue costeada por suscripción popular y recuperan los más viejos del lugar el activo papel de la Guardia Civil en la recaudación. La cifra final se elevaba sobre el medio millón de pesetas.

Como fondo de la obra estaba el deseo de arrebatarse a San Sebastián la capitalidad durante los meses de estío y con ello el veraneo de la corte madrileña, todo ello pensando en los beneficios que podría reportar para Santander. En 1913 se inició el veraneo de los monarcas en el palacio de la Magdalena, costumbre que no se interrumpiría durante dieciocho años. Pero con la llegada de la República la mejor sociedad santanderina pudo llorar la ausencia de Alfonso XIII en las regatas de balandros de la bahía a las que era gran aficionado y en las que llegó a participar.

Se inició entonces una nueva época. El Gobierno confiscó el palacio y lo cedió a la Universidad. Pedro Salinas organizó allí unos cursos de verano por los que pasó lo mejor de la intelectualidad nacional e internacional de la época. La península fue silencioso oyente de las disertaciones de Alberti, Unamuno, Menéndez Pidal y tantos otros; en ella actuó Lorca con su Barraca, Merleau expuso sus nuevas concepciones y a Piccard le sorprendió la contienda civil. Los cursos se interrumpieron con la guerra.

La familia real recuperó sus propiedades y hasta 1949 no vuelven a ser centro cultural con la reanudación de los cursos de verano que ya nunca se han interrumpido. Se convirtió entonces en lugar de veraneo de los privilegiados de la cultura oficial, solamente un reducido número de estudiantes conseguía obtener una beca para asistir a la que ya se llamó Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Ahora todo ello vuelve a la ciudad cuyos vecinos deberán costear, mediante contribuciones especiales, la mitad del crédito pedido por la Corporación en una acción no exenta de connotaciones preelectorales e a la vista de los próximos comicios municipales. Pero allí seguirá, al menos por ahora, la Universidad, la Hípica y otras habitaciones disponibles para don Juan. Quedará como parque público en el que se podrá disfrutar tomando el sol o paseando por entre los pinos y contemplar el mar al borde de los acantilados junto al palacio. ■ PEDRO VEGA.

